

Mario Pani, un hombre universal

Ricardo Legorreta

Arquitecto

Palabras de Legorreta en la presentación del libro *Mario Pani*, llevada a cabo el 27 de septiembre de 2008 en el Conservatorio Nacional de Música



Mario Pani
Fotografía: Paulina Lavista

Buenas tardes... ¡Qué bonitas son las fiestas y verlos a todos aquí! Hoy debemos estar de fiesta por muchas razones, entre ellas que los arquitectos nos despojemos de nuestro tradicional ego para celebrar a un gran maestro, algo poco común en nuestra profesión.

Un fuerte reconocimiento para Louise Noelle, por la calidad y el equilibrio de su trabajo; además quiero señalar la "terquedad" de la autora para hacer un libro que ya todos hemos visto y del que además uno quiere apropiarse.

A veces es difícil hablar de Mario Pani, porque como ya lo dijeron Francisco Treviño y Sara Topelson él abarca todo. Difícil porque no tiene época. Veíamos las fotografías del libro, bromeábamos sobre Mario con unas patillas largas y negras; si él estuviera aquí, seguiría idéntico, porque así lo vimos y lo vemos en las fotos, si entrara por aquí sería el mismo de siempre. Y eso para mí fue una enseñanza; él era un hombre congruente y respetuoso de los demás: cómo vivía, cómo proyectaba, cómo hablaba. Lo veo de una actualidad impresionante —ya se habló de los conceptos de diseño—. Es importante ahora referirnos a Mario en un momento en que estamos inmersos en la globalización, en contra de lo verdaderamente universal, y Mario

era universal... universal en todo: en su arquitectura, en su forma de ser y de pensar.

Es interesante, también, en una época dominada por la mediocridad, analizar a un hombre que siempre pensaba en grande; no nada más en la arquitectura, hasta para cenar pensaba en grande. Tenía la enorme cualidad —una más de las fallas de los arquitectos— de nunca tomarse en serio. Mario jamás pretendió imponer cosas, simplemente las hacía y siempre le salían muy bien.

También tenía un sentido del humor extraordinario. Quiero referir algunas anécdotas inolvidables: en pleno auge de la revista *Arquitectura*, nombró al Consejo (los mejores arquitectos de ese entonces), yo aparecí ahí, no sé por qué, pero aparecí para aprender. Se hacían sesiones para seleccionar los trabajos que se publicarían, y después salíamos a cenar (por cierto, a un restorán francés de primera calidad). Allí manejaba a todos con una habilidad impresionante. Recuerdo que en una ocasión estaban Ricardo de Robina, obviamente Mathias Goeritz y Félix Candela; en un momento dado, Mario llevó la conversación al alpinismo y alabando a De Robina dijo, "Ricardo, a ver dinos, qué montañas has escalado", y empezó a picarle la



Mario Pani, Conservatorio Nacional de Música, Polanco, Ciudad de México, 1946
Fotografía: Guillermo Zamora, Archivo Mágina Pani

cresta a Félix, porque él era esquiador profesional y alpinista. Llegó un momento en que Félix dio un manotazo en la mesa y dijo: "Mario estoy de acuerdo en que pongas en duda mi arquitectura, pero que digas que este gordo es mejor alpinista que yo, ¡es inaceptable!", y se fue muy enojado.

Mario era un bromista, pero sus bromas siempre dejaban un mensaje de lo que debe ser un arquitecto. En esta plática ya se habló de esa amplitud de criterios, pues Mario estaba en todo: nos abrió el mundo, nos hizo ver lo que podíamos hacer, y cambió nuestra visión de ser diseñadores de edificios a ser líderes del país. Yo creo que sin Mario el desarrollo del país se queda cojo.

Él abrió la puerta y propuso locuras maravillosas. Hay por ahí un dicho que reza que "el mundo está compuesto de los locos y los sensatos...", el mundo progresa gracias a los locos. Y Mario combinaba esa locura con la sensatez, porque tenía la locura de inventar los condominios, pero los hacía, los hacía y convencía a la gente.

A mi juicio abrió un campo a nuestra profesión que no hemos sabido respetar. Una de las conclusiones que podemos sacar de este libro es el ejemplo que nos dio, por cierto, muy difícil de imitar; nosotros nos quejamos, decimos: las autoridades, las ciudades se están descomponiendo... pero Mario arreglaba las cosas, y todavía bromeaba diciéndonos: "¿Sabes qué?, me llevan una enorme ventaja, a ustedes les dan las chambas; yo las tengo que inventar". Sólo que él inventaba las buenas chambas. Era todo un ejemplo, ése es su enorme mérito, que sigue siendo de una actualidad increíble.

Quiero señalar, después de algunas otras colaboraciones, una inolvidable para mí, y es que estuvimos cerca de lograr restaurar el Hotel Reforma. Lo fui a ver y le dije: "Mario, yo no puedo hacer

esto si tú no participas". Y respondió: "Te voy a contestar como decían los niños en la escuela —palabras que guardo como un ejemplo—, como quieras y donde quieras. Tú dime qué hago".

Pasamos tardes maravillosas, y me contaba la historia —no sólo los conceptos—, ésa que tanto ocultamos los arquitectos y pretendemos presentar como una genialidad dibujándola en una servilleta. ¡No, no! Me hablaba del esfuerzo, del trabajo, de todo lo que significó para él, siendo un chamaco, hacer ese hotel. En fin, el alma de las obras. Todas sus obras tienen alma, y en la actualidad se está haciendo mucha arquitectura que no la tiene.

Finalmente, estamos todos discutiendo y definiendo qué cosa es la arquitectura universal, qué debemos hacer ahora, ¡buscando una arquitectura mexicana! y todo se queda en la superficie y en la frase de moda: "la piel de los edificios". Y Mario nuevamente lo hizo. No podemos decir de sus obras que tuvieran un estilo, ¡no!, era su personalidad la que quedaba reflejada, y éstas sólo pueden estar en México, en ningún otro lado. Él hacía una arquitectura verdaderamente mexicana.

Recientemente la hija de un amigo mío rentó un departamento en el edificio de Monte Líbano, en las Lomas de Chapultepec. Entré en el departamento y otra vez... veía bajar a Mario por las escaleras. ¡Personalidad apabullante la suya! Y su gran sentido del humor, tanto que acostumbró a su familia —ellos lo sabían— a decirle "tía" al otro genio —porque los Pani tienen una sangre de genios impresionante—, su hermano Arturo, porque era decorador. ¡Vaya, era de esa sangre!, y ese pensamiento de grandeza, de no tomarse en serio, para mí es una de las huellas y de los retos que Mario nos dejó a sus colegas y que nos lo recuerda siempre. ¡Muchas gracias! ■